

CRISTIAN FERNÁNDEZ GINER

EL RINCÓN DE PIERRE



ÍNDICE

CAPITULO I. EL NUEVO INQUILINO	11
CAPITULO II. UNA BUENA NOTICIA	25
CAPITULO III. MIL HISTORIAS	37
CAPITULO IV. MINERVA.....	43
CAPITULO V. UNAS VACACIONES INOLVIDABLES	53
CAPITULO VI. CUMPLEAÑOS FELIZ.....	73
CAPITULO VII. ÉRASE UNA VEZ	81
CAPITULO VIII. VISITAS INESPERADAS.....	91
CAPITULO IX. UN DESENLACE INESPERADO	151
CAPITULO X. EL NUEVO INQUILINO	195

AGRADECIMIENTOS

Es de obligado cumplimiento ser agradecido y con gusto lo seré.

Gracias a Patricia Marqués, mi pareja, por la paciencia que demuestra ante mis proyectos y su apoyo incondicional. A Joaquín Quiñones, un gran amigo; por su tiempo, en su caso muy escaso y por ello más preciado, dedicado a revisar y corregir mi manuscrito con igual ilusión que yo mismo. A mi hermana Laura (siempre Laury para mí), por estar y aparecer en los momentos oportunos y creer en lo que hago. A Rubén, mi hermano y al resto de mi familia por la crítica, siempre constructiva. A Rubén Vivero, afortunado soy en amigos, por las traducciones, resolución de dudas y por deleitarme mostrándome los rincones más espectaculares del Principado de Asturias, tierra muy cercana y querida por mí. A Clara Torres, artista e impulsora de mi primera publicación; gracias por tu portada. Al resto de amigos que no han dudado en ofrecerse para ayudarme en cualquier menester.

Especialmente agradecido a Javier León, por darme la oportunidad de volver a publicar.

Gracias a mis fieles lectores. Son ellos los verdaderos motores de mi vehículo literario.

Y, finalmente, a todos los que habéis creído en mí, pues sin vuestro apoyo no lo habría conseguido.



CAPITULO I

EL NUEVO INQUILINO

Con cada zancada parecía bailar al precario son de la música de su vida. Silencioso y cabizbajo, sopesaba una y otra vez el transcurso de unos años plagados de desdicha e incertidumbre. Foráneo, ausente, borracho y aturdido; desarrollaba capacidades innatas de progresión para deambular por las solitarias y tristes calles del pequeño pueblo junto al mar. Echaba de menos la montaña, su montaña, la que tanto le ayudaba a olvidar, a respirar, a sentirse integrado en algo; pero ahora sólo pasea. Lo hace toda la noche, sin miradas prejuiciosas ni críticas gratuitas; sin desagradables olores a escape de viejo automóvil. El amanecer lo sorprende meditabundo y somnoliento, sentado en un gran bloque de piedra pintado por Agustín Ibarrola, en la lonja de pescadores. En el precioso rompeolas del pueblo de Llanes tiraba piedras al mar. Con cada una de ellas un sueño roto, una oportunidad perdida, un deseo por cumplir... Con cuarenta años cumplidos su vida carecía de sentido. Perdió a su mujer dos años atrás; decidió mudarse. La casa se le caía encima. Todo le recordaba a ella. No podía dejar de verla en cada rincón, en cada movimiento, en cada suspiro. Su preciosa hija Minerva se cría con sus abuelos. Desde la muerte de su madre no volvió a pronunciar palabra, sus ojos se secaron, y a penas mostraba cariño

alguno por su padre, a quien culpaba, sin comprender, del fallecimiento de su adorada madre.

Bastante más despejado, pero con el dolor de cabeza característico de su resaca de cada día, anduvo hasta la habitación del pequeño hotel donde se ganaba la vida como encargado de mantenimiento del mismo.

De ojos tristes y hundidos, de tez morena, Raúl era un hombre de mediana estatura, con manos fuertes y grandes habituadas a trabajos de esfuerzo físico. Barba de tres días teñía de gris su cara redondeada. La carga de su pesar parecía poder con él, reflejando en su andar todo el peso de la culpa. El agradable carácter de su jefa Covadonga, conseguía cada mañana arrancar una leve sonrisa de sus labios con los buenos días, justo antes de desayunar y ponerse a la tarea.

Esa tarde, un nuevo inquilino alquiló una habitación justo al lado de la suya. Aparentaba unos cincuenta años, de pelo largo, canoso y ondulado, muy peinado y engominado hacia atrás; de tez morena y ojos claros. Su mirada infundía respeto, su curtida piel descaraba imperterritamente las arrugas de su edad. Alto y muy delgado vestía cómodo pero elegante. Pantalón de algodón negro, polo de hilo blanco y ancho de mangas. En el bolsillo superior, una pluma asomaba su capucha venciendo por el peso el débil bolsillo de su camisa. En la mano derecha, una pequeña maleta de piel; en la izquierda, un maletín de cuero negro. Covi, así llamaban a Covadonga en el pueblo, le ayudaba a portar una vieja pero bien conservada máquina de escribir. Raúl se encontraba arreglando la cerradura de la puerta de acceso a uno de los baños comunes, al lado

de la sala de estar; donde una coqueta chimenea quemaba pacientemente dos maderos de roble.

-Atiéndeme un *segundín* Raúl, te presento al *nuevu inquilín*, llamase Pierre y estará con nosotros una larga temporada. -Comentó Covi.

-Encantado, si tiene usted algún problema no dude en avisarme y lo solucionaré lo antes posible.-Lo dijo girando levemente la cabeza, sin prestar demasiada atención, concentrado en la tarea.

-Muchas gracias, es un placer ser recibido tan amablemente. -Contestó cortésmente el nuevo inquilino.

Pierre, de padre francés y madre italiana, dominaba a la perfección el castellano, además del inglés y los idiomas de sus progenitores.

Después de cenar, antes de salir a recorrer como cada noche las calles de Llanes, Raúl salió al pequeño balcón de su habitación y se lió un cigarro. No se percató, pero a su lado, a escasos dos metros, Pierre leía concentrado bajo la débil luz de un pequeño flexo que asomaba desde la mesilla de su habitación. Las vistas daban a un puente romano que salvaba el cauce del estrecho, pero bravo río Carrocedo, que endulzaba con su melodía las solitarias noches del pueblo.

-Buenas noches, Raúl.

-Buenas noches, señor Pierre.

-No, por favor, tutéame.

-De acuerdo, perdone, quiero decir... perdona, es la costumbre.

Se hizo un liviano silencio. Raúl apuró las últimas caladas de su cigarro.

-¿Eres escritor? Vi la máquina de escribir cuando llegaste.

-Así es, al menos lo intento.- Bromeó Pierre sonriendo con un pequeño ademán que apenas elevó su labio superior.

-¿Sabrías decirme dónde puedo tomar un café? Necesito un sitio tranquilo, sin mucho ruido y... acogedor; me ayuda a concentrarme cuando escribo -continuó Pierre.

-Claro, a mí tampoco me gusta el alboroto. Puedes ir a la sidrería El Almacén, al noroeste, cerca de la cala o playa del Sablón, siguiendo la costa. Poco después de entrar por el arco de acceso a la muralla, frente a la playa, giras por la calle... Posada Herrera creo, si no me falla la memoria. Es la primera a la derecha. Dejarás a tu izquierda El Cercau, un bonito palacio renacentista. A continuación tienes la Basílica, después, a tu derecha, verás unas ruinas de lo que fue el palacio del Duque de Estrada. Avanza unos cincuenta metros y la encontrarás de frente. Sobresale por detrás en altura La Torre, como punto de referencia. Es preciosa, de piedra caliza. Su azotea almenada fue punto de vigilancia y defensa sobre la muralla allá por el siglo XIII. Ahora es monumento nacional. Está habilitada como punto de información de la oficina de turismo. Por las tardes, hasta las ocho o las nueve nadie te distraerá. Es el camino más fácil, aunque no el más corto para acceder a la sidrería.

-¡Muchas gracias! -Agradeció Pierre sorprendido.- Desde luego eres un guía estupendo. Tus conocimientos sobre la localidad son indiscutibles. Eres aficionado al arte, de eso no hay duda.

-La experta era mi mujer; de ella aprendí lo poco que sé. No puedo evitar fijarme en las construcciones históricas,

monumentos... incluso visitar exposiciones o museos. Es una costumbre que adquirí a su lado, de la cual me alegro.

Su voz se mezcló con el humo exhalado de su cigarro, elevándose, difuminándose en la oscuridad, al igual que su mirada. De nuevo el silencio le devolvió al río el protagonismo en la orquesta de la noche. Raúl decidió no salir. Se quedó horas ensimismado en su diminuto balcón; cigarro tras cigarro se fumó la noche hasta el alba.

Disfrutó sereno del amanecer. La brisa fresca lo despertó de su aparente estado de abatimiento. Con la mente despejada profundizó por fin en su ajado y dolido corazón. Sabedor de su responsabilidad para con su hija, lamentaba enormemente la distancia que los separaba. Los acontecimientos acaecidos en los últimos dos años mantenían en jaque a Raúl, enfrascado en su trabajo como único aliciente y ocupación. De esta manera se sentía íntegro en cuerpo y alma. Comenzó las tareas programadas sobre las nueve y media de la mañana, tras compartir desayuno con Covi y Lupe, la cocinera. Apenas habló en el almuerzo. Covi, persistente, no cesaba de opinar y comentar sobre cualquier tema, buscando la complicidad en su empleada para, de esta manera, arrancar una sonrisa a Raúl, infeliz y moribundo desde su entrada en el pequeño hotel. La joven dueña del establecimiento nunca se atrevió a preguntar por la oscura sombra que se cernía como una nube de tormenta sobre el cuerpo de aquel hombre, cuya bondad, educación y saber estar, lo definían como una buena persona, que, en realidad, era lo que a Covi le importaba. Raúl trabajaba como un mulo y no libraba, nada tenía que hacer fuera de su jornada laboral, salvo

emborracharse en las tabernas de Llanes cada noche, todos los días. Aún así no daba problemas, y, puntual y atento, solucionaba todas las averías con prontitud. Revisaba cada día calderas, electrodomésticos, instalaciones eléctricas, carpintería, en fin; todo lo que buenamente le mantuviese ocupado. Covi le observó durante la jornada. Pensaba en voz alta, parecía discutir consigo mismo. Algo comenzaba a cambiar en su empleado y esperaba de corazón que fuera para bien, pues sumido en el pozo de la desdicha, su futuro era más que predecible.

Por la noche Raúl, ya en su habitación, buscó la conversación de Pierre. Se asomó al balcón con la excusa de liarse un cigarro, costumbre que heredó de su abuelo, empedernido fumador hasta su muerte a los noventa y seis años. -“*Lo que te mata es el tiempo*”- solía decirle cuando de chico, Raúl le increpaba por fumar. Hubo suerte. Pierre fumaba plácidamente disfrutando del anochecer asomado a su balcón. Al otro lado del río, edificios de apartamentos afeaban un horizonte que, lentamente, arrojaba un mar Cantábrico muy azul.

-Buenas noches Pierre.-Esta vez se adelantó Raúl en el saludo. - ¿Hoy no lees?

Pierre no se había percatado de su presencia y se sorprendió.

-¡Hola! ¿Cómo estás?- Pierre continuó- Sí, acabo de dejarlo. La espalda me pasa factura y quería estirar las piernas. Demasiadas horas frente a mi máquina de escribir. Si estuviera casado sería lo más parecido a una amante. Roba mis pensamientos, le dedico gran parte de mi tiempo y no puedo vivir sin ella.

Se rió buscando su complicidad, rompiendo así el hielo.

-De todos modos necesitaba hablar con alguien.

-¡Vaya!, es una manera de verlo. - Bromeó Raúl-
¿Encontraste la sidrería que te recomendé?

Recordaba la conversación de la noche anterior e intentaba ser amable.

-Sí, muchas gracias. Ciertamente es un lugar tranquilo y acogedor, con encanto, diría yo. El servicio es estupendo, su cocina, exquisita. Seguro que llenan el local a estas horas...

Una idea se le ocurrió de repente a Pierre.

-¡Es más! Te invito a una copa. ¿Te animas?

A Pierre le apetecía conocer a su vecino de habitación.

-Pues pensaba salir de todos modos, mucho mejor en compañía. Si me das diez minutos, me ducho y nos vamos.

No sabía por qué, pero su estirado vecino de balcón le caía simpático.

Raúl, buen conocedor del entorno, guió con destreza a Pierre por los mejores locales del centro del pueblo, aprovechando para enseñarle el característico casco antiguo, repleto éste de calles lineales y adoquinadas en perfecta armonía con los edificios de nueva construcción. Pierre procuró no hurgar en la posible herida que atormentaba a Raúl. Se hacía evidente en sus ojos cuando su mujer ocupaba su mente. Comenzaron hablando de todo y de nada, sin profundizar para, poco después, irse abriendo poco a poco el uno con el otro. Finalmente descubrieron que ambos tenían más cosas en común de lo que imaginaban

en un principio. Pierre descubría encantado los rincones que estratégicamente le mostraba Raúl, orgulloso por el conocimiento de la Villa. A media noche decidieron pasear hasta la playa de Toro, la más oriental de Llanes. Para ello cruzaron la desembocadura fluvial del río Carrocedo por la calle Mercaderes para, posteriormente, encarar a su izquierda por la orilla contraria por Marqués de Canillejas, hasta enlazar, minutos después, con la Avenida Carretera de Toro hacia la playa. Completamente solos se sentaron sobre las primeras rocas junto al mar.

-Puedo preguntarte... ¿cómo has llegado hasta aquí?

Raúl se aventuró animado por lo grato de la conversación. Pierre torció el gesto, parecía incómodo, lo que motivó el inmediato arrepentimiento de Raúl.

-Perdona, no es de mi incumbencia. Yo tampoco le he contado a nadie lo que hago aquí.

-Tranquilo Raúl, no pasa nada. Necesito alejarme un poco de todo, esa es la verdad. ¿Volvemos? Es tarde y nos queda un paseo hasta el hostel.

Raúl deseó no haber metido la pata, le caía realmente bien el nuevo inquilino, y no le sobraban amigos precisamente. El camino de vuelta lo realizaron sin despegar los labios.

Por primera vez en muchos meses Raúl se sentía bien. No había dormido, pues necesitó toda la noche para repasar una y otra vez sus prioridades. Apenas lo no-

taba, pero algo en su interior despertó anunciándole que era hora de empezar de nuevo a pleno pulmón. Un salvavidas flotaba en el lago de su depresión. Ansiaba respirar de nuevo, que desapareciera la presión en su pecho. La angustia lo había dominado demasiado tiempo. Sorprendentemente su sonrisa se adelantó a la de Covi esa mañana. Desayunó hasta saciar su apetito y empezó a trabajar sin descanso hasta la hora de comer. Covi extrañada, pero satisfecha, lo miraba de soslayo consciente y segura, pues sólo era cuestión de tiempo ver a su buen empleado volver a sonreír.

-Covi, ¿te importaría si me tomara el resto de la tarde libre? He terminado con las averías y necesito dar un paseo.

Raúl preguntó seguro de que Covi le concedería la tarde sin rechistar. Nunca libraba a pesar de la insistencia de su jefa. Decía que no lo necesitaba, nada le importaba fuera de su trabajo. Incluso los domingos procuraba no ausentarse demasiado tiempo por si surgía algún imprevisto.

-Claro Raúl, no será la primera vez que *dígame* que tienes que *reposar*. ¿*Quiés contame* algo? *Notote vivu, distintu*, sonrías por primera vez desde que llegaste a este *hotelín*.

-Anoche pensé mucho Covi, mucho.

Sus pasos lo guiaron por estrechas calles que sudaban vapor de agua. El calor de la tarde secaba las cuatro gotas caídas en la mañana. Caminó hasta topar con el precioso puerto deportivo, adentrándose hasta la lonja. Algunas pequeñas embarcaciones arribaban con la pesca del día. En otras, ya amarradas, los pescadores

limpiaban y arreglaban desperfectos en cubierta. El sol caía, se escondía lentamente detrás de los Picos de Europa, reflejando extrañas sombras en el muelle. Mientras admiraba fascinado un atardecer cualquiera para aquellos marineros, notó que su pie izquierdo se movía sólo; a la vez, alguien maldecía blasfemando entre dientes. Cuando desvió la mirada hacia su izquierda, observó confuso que un viejo pescador tiraba con fuerza de la red que cosía afanadamente, intentando liberarla del pie de Raúl que, ajeno a su trabajo, no se percató del anciano ni de la red que se enredaba bajo sus pies. Se disculpó y continuó su camino sonriendo por el pequeño incidente. En la orilla contraria, una docena de pequeños yates y alguna lancha motora de recreo aguardaban el momento de salir a navegar. Varios focos, estratégicamente colocados, alumbraban la muralla que, celosa, protegía el casco antiguo del rumor de las olas. Alcanzó la pequeña playa del Sablón sumido en dolorosos recuerdos. Pensaba en su mujer, Paula. Ella disfrutaba como una niña chapoteando en el agua con los pantalones remangados en la orilla de cualquier playa. Los ojos de Raúl se perdían en la oscuridad, mar adentro. Suspiró con fuerza mientras recogía con el dorso de su mano una lágrima que no pudo contener. Se remangó sus gastados vaqueros. Chapoteó una y otra vez en la orilla de la pequeña cala. Danzaba en armonía con las debilitadas olas que no superaban sus tobillos, llorando y riendo a la vez, despojándose de sus penas por última vez, recuperando así su alma.

Un transeúnte, perplejo, llamó a su perro que también parecía sorprendido por el comportamiento de

Raúl. El pastor alemán ladró y corrió a la vera de su amo. El cielo estrellado realzaba la belleza del lugar. La luna alumbraba con delicadeza acariciando la superficie del agua, encendiendo las olas con un haz de luz plateado más ancho cuanto más se adentraba el agua en el horizonte. Ahora quería hablar con su hija Minerva. Se sentía cobarde por no estar a su lado. Se había marchado sin más, abatido. No se creía capaz de llevar el peso de su pequeña familia. Una mano apoyada en su espalda le devolvió a la realidad de la noche. Sobresaltado se volvió sobre su hombro derecho. Pierre le sonrió.

-No te asustes Raúl, llevo un rato observándote. No he querido importunarte. La verdad es que cuando chapoteabas en el agua no te había reconocido, sentí curiosidad y... aquí estabas. ¿Puedo sentarme contigo? Llevo toda la tarde escribiendo y necesito charlar con alguien.- Tras una pausa continuó- Si no te apetece, lo entenderé.

-Claro Pierre, ¡qué susto me has dado! Estaba absorto en mis pensamientos y no te oí llegar. La verdad, aquí no conozco a nadie que no trabaje detrás de una barra o en el hotel. Siendo sincero, es la primera vez en dos años que veo anoecer desde este lugar.

-¡Pues estamos igual! Sólo te conozco a ti, al personal del hotel y a los camareros de El Almacén.

Tras decir esto rió entre dientes, con la clara intención de armonizar la conversación y solidarizarse con su interlocutor.

-¿Por qué escribes?- Preguntó Raúl.

Cambió radicalmente de tema, contento al comprobar que no había ápice de rencor en Pierre.

-Siempre me pareció aburrida la vida de un escritor. No te ofendas, es sólo que no consigo encontrar esa magia de la que hablan los admiradores de la literatura.

-Pues mira Raúl, desde pequeño, en mi cabeza, miles de historias me mantenían fuera de la realidad, siempre soñando despierto con guerreros de extraños poderes, con dragones que salvaban el mundo o historias de amor increíbles. Nunca dejaba de imaginar. Al cumplir trece años llegué a la determinación de escribir para no caer preso para siempre de mis propias invenciones. No poder hacer amigos influyó bastante, la verdad. Mis padres, ambos artistas, viajaban por todo el mundo. Mis amigos eran mis libros y mis escritos. Tanto es así, que nunca me casé y no tengo hijos, sólo una retahíla más o menos numerosa de novelas y muchos kilómetros a mis espaldas.

-¡Vaya! Debe ser fascinante viajar por todo el mundo. Hace ya casi dos años me lo planteé seriamente. Tras fallecer mi mujer se me cayó el mundo encima. Mi familia quedó destrozada. Mi hija padece mutismo, un extraño método de autodefensa que mantiene a mi preciosa Minerva sin pronunciar palabra. No lo soporté y huí en el primer autobús que salió de mi pequeño pueblo, en la sierra de Gredos, en Ávila.

-Es curioso cómo los hilos del destino barajan y hacen trampas con nuestras vidas. No me puedo poner en tu lugar, mentiría. No he tenido hijos, ni una esposa a la que querer y haber perdido. Pero si de algo sé es de soledad. Y, si admites un consejo de este veterano viajante y modesto escritor, no hay vacuna, ni medicación, ni terapia que cure la soledad.

La confianza empezaba a aflorar entre ellos, abriéndose poco a poco el uno al otro.

-Agradezco tus palabras Pierre, apenas me conoces y pierdes tu tiempo escuchando mis miserias, estoy abusando, discúlpame.

Raúl dejó caer la cabeza contra su pecho.

-Al contrario Raúl, ya te he dicho que no me sobran amigos precisamente. Quizá esta vez el destino se esté tirando un farol, es agradable poder hablar con alguien que no sea mi destartalada máquina de escribir.

-¿No prefieres un portátil?, es más cómodo ¿no?

-¡Ja, ja, ja! Llámame clásico si quieres, será que el sonido de las teclas me inspira.

Mientras hablaba garabateaba sobre la arena con el dedo índice de su mano derecha.

-Al menos algo te inspira. Yo no sé qué hacer con mi vida. Las dudas me embargan en un pesar que me oprime el estómago y... quizá la razón.

-Empieza por escribir en un papel una lista de las cosas que no quieres, es más fácil.

Dicho esto, se levantó sacudiéndose la arena del pantalón y se marchó sin decir nada más.

Raúl permaneció pensativo algunos minutos, después también se puso en pie. A su derecha, en la arena, había algo escrito: *MINERVA*.



CAPITULO II

UNA BUENA NOTICIA

El maullido de un gato despertó a Raúl. La luz del alba atravesaba con fuerza los pequeños espacios entre las varillas de la persiana, reflejando láminas doradas sobre su edredón. No recordaba el tiempo que hacía que dormía tanto. Cuando calculó la hora que podía ser, se sobresaltó. Se había dormido, - *al menos las diez de la mañana.* - intuitivo. Se incorporó y se puso en pie de un brinco. Cuando corría hacia el baño se percató de que era domingo, se miró en el espejo y rió. - *¡Qué bobo eres!* - pensó. - *Hoy sólo trabajas si hay una avería urgente.* - Volver a un ritmo de vida normal le distraía, no se ubicaba.

Aunque solía llamar los lunes a casa de sus padres para preocuparse por la salud y el bienestar de su hija, sintió una necesidad imperiosa de hacerlo en ese preciso instante. Cada segundo le angustiaba. Recordó que soñó con ella durante la noche. “*Si al menos me dijera aunque sólo fuera una palabra*”, repetía constantemente antes de despertar. Tembloroso marcó el número de teléfono de la vivienda de sus padres desde el terminal de su habitación.

-¿Dígame?

-Hola Papá, ¿cómo... cómo estáis? - A Raúl le temblaba la voz.

-¡Qué alegría me da oírte Raúl! ¿A qué se debe tu llamada? Hoy es domingo. ¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

Su padre vivía en continua preocupación por su hijo.

-Sí Papá, tranquilo, es sólo que os echaba mucho de menos. Sobre todo a Minerva. ¿Hay alguna novedad?

-Ella está bien, guapísima y llena de vida. Todo el día correteando de un lado para otro, pero sigue sin decir una palabra. A veces creo que no volverá a hablar nunca. Lo escribe todo en una pizarra, así nos entendemos bien. En eso no sé a quién ha salido, porque se expresa fenomenal a través de las letras. Por lo demás... la psiquiatra no sabe qué más hacer por ella.

-He decidido traérmela una temporada. -Atajó Raúl. -Pronto terminará las clases, necesito tenerla conmigo, la necesito más que nunca. El veintiuno de junio es su cumpleaños y... esta vez, no me perderé su decimotercero aniversario. Por favor dile que se ponga al teléfono.

-¿Estás seguro Raúl? Ya sabes que no dirá nada. -Advirtió su padre.

-Lo sé Papá, no te preocupes. Da un beso muy grande a Mamá y dile que la quiero mucho.

Minerva sorprendida asintió ante las indicaciones de su abuelo, le dio un beso en la mejilla y se acercó el auricular a la oreja.

-Hola cariño, soy Papá. Dice el abuelo que estás preciosa, que no paras de correr de un lado para otro y que has crecido mucho... -Esperó tres o cuatro segundos con la esperanza de oír respuesta de Minerva. -He pensado en pasar el verano contigo, aquí, en Llanes. Es un

pueblo precioso. Seguro que te gustará. Además, podrás ver por primera vez la playa. Te compraré el helado más grande que haya y nos bañaremos hasta que salga la luna. -Instintivamente preguntó: - ¿Qué te parece? Estoy seguro de que lo pasaremos genial, mi niña guapa. Hija mía, si no quieres venir con Papá, házmelo saber de algún modo. No hace falta que hables, díselo a los abuelos por escrito, que ya sé que escribes mucho y que lo haces muy bien. En fin mi vida, sólo faltan dos semanas, estoy deseando abrazarte y que lo pasemos bien juntos, tú y yo.

Su voz derrochaba entusiasmo, calando hondo en Minerva que escuchaba atentamente. El silencio que precedió se prolongó por un minuto, le pareció a Raúl una eternidad. Hacía casi un año que no intentaba hablar con ella, nunca decía nada y era muy duro para él. Al otro lado del teléfono una lágrima rodaba por la tersa cara de Minerva. Raúl creyó percibir lo que pareció un suspiro, después colgó el teléfono.

Al abrir la puerta de su habitación, halló en el suelo un sobre grande que contenía un libro. Lo abrió con gran curiosidad y leyó el título “*El hombre en busca de sentido*” de Viktor Frankl. En la primera hoja, había una frase dedicada: *Para Raúl: “el ser humano es falible, por eso no podemos fiarnos de nuestros propios razonamientos”* y debajo: *ésta es tan sólo una de la muchas frases de este libro que, seguro, no te dejaran indiferente. Mi propósito, conseguir que entiendas el por qué escribo y lo importante que es para mí. Suerte. Un saludo afectuoso. Pierre.* Realmente sorprendido y algo desconcertado Raúl salió del hotel. Una suave brisa primaveral le dio los buenos días.

El sol brillaba en lo alto y la temperatura fresca animaba al paseo. Se dirigió hacia el puerto como un viejo animal que reconoce el camino a casa después de muchos años realizando el mismo recorrido. Se encontró en las características piedras del rompeolas, viejas conocidas de Raúl. Se sentó aprovechando el apoyo que le brindaban dos enormes piedras en forma de cubo. Una sobre la mitad de la otra, formando lo que parecía un sillón gigante digno del mismísimo Neptuno. A lo lejos, dos grandes buques se suspendían sobre las tranquilas aguas de un extraño mar asturiano, siempre con abundante oleaje dados los vientos y corrientes que azotan estas costas durante todo el año. En la playa, un hombre de avanzada edad se dirigía con paso firme a darse su baño de cada día. Pocos lo hacían. En mayo las aguas estaban realmente frías en Asturias. Pequeñas calas rocosas adornaban la costa hacia el Este, rebasado el malecón. Raúl recordaba al bañista de otras mañanas, cuando despertaba confuso y aún borracho tumbado sobre algún cubo de los pintados por Ibarrola. Las vistas eran magníficas, la resaca más llevadera. Era habitual verlo bañarse cada mañana, incluso en los fríos días de invierno. Dos jóvenes corrían sin camiseta charlando a la par.

-*Debería ponerme en forma-*, se le pasó por la cabeza a Raúl.

No sin esfuerzo, venciendo a la pereza, abrió de nuevo el libro y comenzó a leer. La etapa autobiográfica contenida en el libro le sería de gran ayuda, o, al menos, así lo intuyó Pierre, que consciente del problema de su nuevo amigo, intentó ayudarle con lo que mejor conocía,

los libros. Sin duda el Doctor y escritor Viktor Frankl le serviría para orientarle sobre sus prioridades.

Distraído, la hora de comer se hizo patente con un quejido de su estómago reclamando su correspondiente ración. Había leído casi medio libro que, aunque no muy extenso, sí invitaba a leer con detenimiento. Sorprendido de sí mismo, volvió con paso firme al hotel. Se le ocurrió invitar a Pierre y, por qué no, también a Covi a comer. Para dos amigos que tenía, ya iba siendo hora de compartir un almuerzo con ellos. Entró decidido y con gran aplomo. Levantando en vilo a Covi le dijo prácticamente gritando al oído:

-No te molestes en contestarme que no, ni que tienes mucho trabajo, ni bla, bla, bla. Hoy comemos juntos y no admito un no por respuesta. ¿Dónde está Pierre? ¿Le has visto hoy?

En ese instante Pierre entraba por la puerta. Se quedó petrificado observando tan pintoresca escena. -*Propia de Enrique Jardiel Poncela*, - Bromeó Pierre pensando para sí.

-Alguien me explica, eso sí, sin necesidad de elevar mis pies del suelo, si es posible... ¿qué está pasando aquí?

Raúl soltó a Covi, circunstancia que ella aprovechó para devolver la falda a su posición natural. Y, sonrojada por el comportamiento de Raúl, consiguió decir:

-Pues ya ve usted, aquí *al mi querido empleau*, que le debió tocar la lotería, y *empeñose* en invitarnos a los dos a comer.

Sin dar tiempo a reacción disuasoria alguna, Raúl asió del brazo a Covi y, abrazando a Pierre por el hombro

como si de un amigo de toda la vida se tratase, salieron por la puerta hacia la sidrería “Maribel”, a degustar cualquiera de sus menús, famosos por la exquisitez de los productos en todo el Concejo.

-Os preguntaréis qué mosca me ha picado. Pues bien, os lo aclararé. – Sentados a la mesa Raúl no quiso esperar más. -Para empezar Covi, debo darte las gracias por el trato recibido en el tiempo que llevo trabajando para ti en el hotel; creo que no he sido precisamente agradecido, nunca has perdido la sonrisa y te has portado siempre muy bien conmigo.- Suspiró.- Vivo atormentado por la tragedia de la pérdida de mi mujer y va siendo hora de explicarme. De unos días a esta parte parece que el destino se pone de mi lado. Empiezo a ver una luz al final del túnel. Tú, Pierre, eres una persona cercana, sabes escuchar. Tu presencia crea un ambiente cordial y de confianza. No he contado a nadie lo que le sucedió a mi mujer, hasta esta mañana no he tenido el valor para enfrentarme a ello.

Pierre hizo ademán de levantar la mano e interrumpir a Raúl.

-No Pierre por favor, déjame hablar, para una vez que me decido quiero llegar hasta el final. Es precisamente en una frase del libro que me regalaste, momento que aprovecho para darte las gracias por el detalle, la que me ha hecho reflexionar hasta este punto.”*El hombre necesita algo o alguien por lo que vivir y es más, algo o alguien por lo que estaría dispuesto a morir*” Te hice caso Pierre, comencé la lista de las cosas que no quería en mi vida. La primera es clara: no me resignaré a perder a mi hija, por ella quiero recuperar mi vida y por ella estaría dispuesto a morir.

La he invitado a pasar conmigo el verano. Deseo de todo corazón que acepte, tengo que recuperarla y me gustaría mucho disfrutar de vuestra compañía. Ahora mismo es lo más parecido a una familia que tengo.

Covi visiblemente emocionada no acertó a decir palabra. Pierre, elegante hasta la médula, le observó detenidamente durante unos segundos. La camarera interrumpió para tomar nota de los platos que iban a consumir. Tras pedir, Pierre tomó la palabra.

-Como sabes Raúl, he viajado mucho. He recorrido miles de kilómetros y conocido decenas de culturas, costumbres e idiomas.

Pierre se incorporó hacia adelante apoyando los codos en la mesa, cruzando los dedos de sus manos, apoyando en ellos la barbilla.

-En todos estos lugares encontré tristeza, desolación, sufrimiento, amor, cariño y amistad. Durante mis largas horas de avión solía meditar sobre la idea de qué lugar elegir para terminar mis días. Pues bien; llegué a la conclusión de que el sitio dentro de lo razonable es indiferente.

Los inquietantes ojos de Pierre se incrustaron en las pupilas de Raúl, el cual no era capaz de pestañear si quiera.

-Tu hogar lo conforman tus amigos si lo son de verdad, tu familia si es querida, pues viene consolidada en tu nacimiento, no la elegimos. Y tu pareja si el amor es verdadero. El lugar ideal es aquel donde el cúmulo de todo esto se une. Si no se cumple este requisito, amigo mío, prepárate a viajar, pues nunca encontrarás tu destino, y lo que es más importante, a ti mismo. Empieza por encontrarte tú, viaja a tu interior y búscate, date un respiro. Luego déjate

ayudar por los tuyos, aterrizando en un hogar cimentado por la confianza, el amor, la amistad y tu filosofía de vida. El bien y el mal residen en cada uno de nosotros, no sé por qué a veces nos empeñamos, cual flagelo consentido, en alimentarnos de nuestras miserias y penurias. Me dijo un gran amigo que todo en la vida tiene la importancia que cada uno le quiere dar; se trata de priorizar Raúl, piénsalo.

Dicho esto tomó la palabra Covi que, ensimismada y con los ojos muy abiertos, sin pestañear, había escuchado maravillada a Pierre. El escritor se relajó apoyando de nuevo su espalda en el respaldo de la silla que, aun siendo de madera, resultaba bastante cómoda.

-¡Mi madre!, ¡Virgen de Covadonga!, pero si tenemos en este humilde hotel al *mismísimo* Aristóteles.

Aún con lágrimas en sus bellos ojos negros, con una sonrisa emocionada agarró la mano de Raúl.

-La verdad es que no estoy muy segura de si entendí bien lo que ha dicho Pierre.- Los tres rieron brevemente.- Pero estoy segura de que eres buen *rapaz*, eso no se me escapó. No soy capaz de *falar* como nuestro *inquilín*, pero sé que el dolor *superase* con el *tiempu*, que el amor a tu mujer te tuvo *ciegu*, pero Raúl, eres muy joven. Amigo mío, tienes toda la vida por delante y... ¡*home oh!* una hija *perguapa*; y vas a perdonarme, pero *críeme* en este *pueblu* y *les cosas* hay que decirlas como son.

En esta ocasión las risas se convirtieron en carcajadas que sorprendieron a los comensales que compartían comedor. Una vez terminado el postre, Raúl decidió que era hora de contar el terrible fallecimiento de su mujer.

-Una preciosa tarde de julio decidimos pasar el día

en el Valle de Iruelas, junto al embalse de El Burguillo, cerca de El Tiemblo; que es un pueblo turístico por excelencia en la provincia de Ávila. En la zona se respira una tranquilidad inusual. La carretera rodea el pantano hasta que, una vez atravesada la presa, dejando el mencionado pueblo de El Tiemblo a la izquierda, nos adentramos por una estrecha y serpenteante pista de asfalto que, en pocos kilómetros, nos condujo entre bellos pinares al pequeño y acogedor camping del valle junto al embalse. Nosotros lo frecuentábamos a menudo en los primeros años de nuestra relación. El día no pudo ir mejor, reímos y jugamos como niños haciendo enormemente feliz a Minerva. La vuelven loca los caballos, monta muy bien, por lo que hicimos una ruta por la tarde en tres bonitos ejemplares que allí alquilaban. Aprovechamos hasta que la oscuridad de la noche nos indicó la hora de regresar a casa. La luna llena nos enmarcó, cual pintura, en un paisaje romántico propio del mismísimo John Constable.

La cara de Raúl se dibujo gris de repente, sus ojos parecieron hundirse como el hielo en un vaso al contacto con el agua. Su tono de voz quebró.

-Antes de llegar a la presa, un enorme jabalí se cruzó en nuestro camino. Veníamos cantando y riendo, no tuve tiempo de reaccionar e instintivamente giré bruscamente el volante para evitar la colisión con semejante animal. Perdí el control del vehículo deslizándonos ladera abajo.- Un nudo en su garganta le obligó a carraspear- Aún no sé cómo no nos paró ningún árbol, pero caímos en cuestión de segundos al pantano. Les grité que salieran rápido, que nos hundíamos. Minerva estaba paralizada.